
Los muertos que vos matais, sobre la vigencia de la izquierda como identidad política

HÉCTOR GHIRETTI*

HACE aproximadamente quince años, Europa vivía una conmoción que cambiaría sensiblemente su rumbo como entidad histórica. El colapso de los regímenes satélites de la órbita soviética y de la propia URSS abría un horizonte nuevo de posibilidades de evolución económica y política continental, al tiempo que encendía interesantes e intensas discusiones en los ámbitos del gobierno, la administración, las organizaciones partidarias y la vida intelectual. Uno de los temas más destacados de debate fue el futuro del socialismo como forma de organización social.

Esta discusión condujo rápidamente a preguntarse por la identidad diferencial de los sectores de militancia y pensamiento político que habían sostenido hasta el momento la alternativa socialista. Si el socialismo estaba mayormente excluido del proyecto social de estos sectores había que buscar, entre los repertorios existentes, otra forma de identidad común. Se llegó así al debate sobre la identidad de la *izquierda* –un concepto político bicentenario, dotado de una extensa tradición y una enorme riqueza significativa–, que tuvo su momento de máxima tensión durante la primera mitad de la década de los 90. Ante esta cuestión, buena parte de los interlocutores y participantes –tanto a izquierda como a derecha–

* Héctor Ghiretti (hghiret@alumni.unav.es) hace su doctorado en la Universidad de Navarra y es Becario FPU del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

se apresuraron a advertir su improcedencia, su periclitación definitiva: la izquierda había muerto con el socialismo.

El socialismo había fracasado tanto en su vertiente oriental-totalitaria como en su variante occidental-democrática (Cotarelo, 1989, Bosetti, 1991; Blackburn, 1991; Hobsbawm, 1993; Sotelo, 1991; Cabrera, Cotarelo y otros, 1993). Hay que recordar que en Europa Occidental, a la amarga frustración sufrida por la izquierda francesa a raíz de la liquidación del ambicioso programa de reforma económica y social que llevó a Miterrand al Elíseo, se sumaba el malestar y la desilusión por la escasa capacidad de transformación en el mismo sentido del socialismo español. También es cierto que si las sospechas de venalidad y corrupción salpicaban profusamente las filas de la dirigencia y el funcionariado del PSOE, en Italia esas sospechas se convertían en procesos judiciales efectivos, y llevaban a una profunda crisis institucional de la República.

Sin embargo, transcurrido este difícil período, la izquierda no solamente no entraba en una fase de disolución organizativa o ideológica, sino que mostraba signos evidentes de recuperación. En el Reino Unido, el laborismo se imponía finalmente –después de más de una década en la oposición– sobre los conservadores, gracias en parte a una exitosa operación de maquillaje ideológico que se conoció como la *Tercera Vía*. En Francia llegaba al poder un gabinete de coalición de izquierdas y en Italia, la defenestración de Berlusconi daba lugar a la formación de un gobierno liderado por una nueva y poderosa organización, montada sobre la base de los sectores moderados del desaparecido PCI. Hacia finales de la década de 1990, la alianza entre socialdemócratas y ecologistas obtenía el poder en Alemania.

Pero no solamente se ha podido observar una progresión de la izquierda hacia instancias de gobierno en los países de Europa Occidental. Con el inicio del nuevo milenio se han verificado procesos similares en numerosos países de Hispanoamérica: Venezuela, Perú, Brasil, la Argentina y –previsiblemente– Uruguay. Además, la hegemonía de la izquierda en el campo académico-intelectual y en los círculos culturales, tanto en Europa como en América, parece no haber sufrido mayores contratiempos a causa del reflujo del socialismo. También es de notar la persistencia de núcleos de militancia de las organizaciones que asumen posiciones más radicalizadas, aunque integradas en el sistema democrático. Los antiguos partidos comunistas han logrado sobrevivir, ya sea

manteniendo sus antiguas estructuras, ya adoptando nuevas configuraciones ideológicas o fusiones con formaciones afines.

Finalmente, debe llamarse la atención sobre las nuevas formas de izquierda que aparecen a la sombra del fenómeno conocido como la globalización. Se trata de núcleos de pensamiento y acción política de naturaleza principalmente contestataria, dotadas de una estructura que no responde a la organización, jerarquía y militancia tradicional de los partidos, y que por otra parte no poseen, al menos entre sus objetivos más visibles, el acceso al gobierno o la toma del poder a través de las instituciones políticas vigentes.

Este breve panorama sirve para mostrar que si es cierto que el socialismo como motor e inspiración de la acción política ha desaparecido –siempre y cuando se ciña la definición de *socialismo* a las formas de propiedad colectiva o producción económica de planificación centralizada; puesto que si se extiende a las formas actuales de Estado Social, se advierte que a pesar de su proclamada crisis no ha cesado de avanzar sobre la vida pública y privada de los ciudadanos; mientras que, paralelamente, la institución de la propiedad como fundamento del orden social se encuentra cada vez más amenazada– no cabe decir lo mismo –antes al contrario– de la izquierda.

Si definir el concepto de izquierda es de por sí una tarea difícil, no lo es menos explicar qué puede constituir la *crisis de la izquierda*. El problema no puede ser abordado aquí, y más adelante se hará alguna referencia a ello. Baste decir que en razón de tratarse de una identidad constituida por elementos fuertemente contradictorios, la izquierda vive en algo así como un *permanente estado de crisis*. Pero además, debe recordarse que si la izquierda es un concepto político, su fundamento no puede residir exclusivamente en una concepción específica del orden económico, como es el socialismo.

UNA PERSPECTIVA AMPLIADA

De hecho pueden distinguirse, a grandes rasgos y simplificando mucho, tres proyectos paralelos de la izquierda: económico, político y cultural. Este tipo de caracterizaciones es –como puede verse claramente– provi-

soria, puesto que en la medida que no se conozca bien en qué consiste la izquierda, no puede precisarse el modo en que ésta se despliega en los diversos ámbitos de acción: *operare sequitur esse*. Hecha esta aclaración, si el *socialismo* es –en principio– la concepción del orden económico más característica de la izquierda y la *democracia* su forma primaria y principal de orden político, en el ámbito de la cultura el impulso de la izquierda tiende decididamente hacia la secularización, la laicización, la liquidación de hábitos y tradiciones, la supresión de formas que provengan de la época clásica y el cristianismo, la destrucción de instituciones que realizan tareas específicas de mediación social, etc.

Es preciso dejar de lado el análisis del proyecto político de la izquierda, es decir, la democratización total del orden social, puesto que se trata de un tema complejo y difícil de sintetizar en pocas líneas. Más facilidades e interés –respecto de la cuestión planteada– presenta el aspecto cultural. En este ámbito de acción se advierte que la izquierda no solamente no corre el peligro de desaparición, sino que parece estar cumpliendo rigurosamente su proyecto. Para fundamentar esta afirmación, y además de la observación directa de los procesos de liquidación cultural que se verifican en todos los ámbitos de la cultura occidental, puede echarse una ojeada a la evolución ideológica que están experimentando en la actualidad los partidos políticos de *centroderecha* –se adopta la denominación en razón de conveniencia, no sin dejar de apuntar que es problemática– en Europa Occidental.

Puede decirse que la configuración doctrinal de los partidos de *centroderecha* en Europa Occidental se caracterizó, a lo largo del siglo XX, por la combinación de elementos de economía de libre mercado, principios políticos liberaldemocráticos y una orientación cultural de signo conservador o tradicionalista. Esto fue así al menos hasta iniciada la década de 1990. Pero si los partidos de izquierda iniciaron su proceso de adaptación a la nueva realidad política generada hace un par de décadas, eliminando o moderando sustancialmente sus proyectos de orientación socialista, estatalista, intervencionista o planificadora, un fenómeno similar –pero de contenidos y dirección diversos– tuvo lugar entre las organizaciones de *centroderecha*.

El proceso de conversión ideológica de los partidos de izquierda dio su resultado en términos electorales, tal como se ha podido ver unos

párrafos antes, y obligó a su vez a la centroderecha a redefinirse doctrinalmente. En el plano de la innovación ideológica, la izquierda tomaba la delantera, y lo hacía a costa de algunos de los principios doctrinarios de los partidos de centroderecha. Los *principios económicos* parecían ser intocables, y la adopción de políticas de libre mercado por parte de la izquierda eran la confirmación palmaria de tal observación.

Con los *principios políticos* también sucedía lo mismo: parecían fuera de cuestión y se transformaban progresivamente en una especie de dogma intangible y sagrado. La izquierda, que ya había abjurado del ideal revolucionario típico a mediados del siglo XX, renunciaba incluso a liderar una «revolución democrática». La moderación progresiva de la izquierda en términos políticos sólo podía ser respondida desde la centroderecha con algún tipo de radicalización de postulados, pero el clima ideológico predominante en Occidente después del colapso de los régímenes comunistas no invitaba a ello: el discurso liberaldemocrático campeaba ya sin rivales: aparentemente ya no había enemigos, amenazas ni bárbaros a las puertas.

Era en el plano cultural donde había menores inconvenientes para el *aggiornamento* ideológico. Puede decirse que si la izquierda emprendió un camino hacia la derecha en los aspectos económicos (y en menor medida en los políticos), la derecha avanzó hacia la izquierda en el plano cultural. Basta ver los durísimos e interminables conflictos internos y los procesos de revisión identitaria en los que están sumidos, desde hace varios años (coincidiendo con la pérdida del poder en sus respectivos países), los conservadores británicos y los cristianodemócratas alemanes. El conservadurismo británico ha reducido su discurso político a iniciativas fiscales, y el resto de cuestiones de gobierno son como pequeños satélites –sustancialmente irrelevantes– o elementos accesorios en torno a este principio devenido en fundamental.

En Italia, la actual coalición de gobierno liderada por Silvio Berlusconi posee como elemento plástico o conjuntivo una orientación similar a las tendencias principales del conservadurismo británico, y su labor de gobierno está dominada por tecnócratas provenientes de la economía y las finanzas. La continuidad de la política cultural del gobierno de centroderecha francés actual con el período socialista anterior es notoria, y a veces parecía que aquellos pretenderían rivalizar en radicali-

dad y decisión con éstos, sobre todo en aspectos relacionados con el laicismo y la educación.

Este breve cuadro de situación respecto del estado de la cultura en su relación con el espectro político no estaría completo si no se señalara brevemente la vinculación de interacción que existe entre el proyecto cultural de la izquierda y sus iniciativas económicas y políticas. Por motivos de brevedad, limitaremos el comentario a las relaciones entre izquierda cultural y económica, de la cual se ha dicho anteriormente que está constituida principalmente por el socialismo. Esto último es cierto, pero sólo en parte.

Si se adopta una perspectiva histórica, se advierte que en los orígenes de la izquierda política se encuentra la burguesía comercial e industrial europea (podría incluso defenderse la hipótesis de que *como tal*, la identidad de izquierdas siempre ha sido propia de la conciencia burguesa), y que antes de la aparición de las teorías más desarrolladas del socialismo, a partir de la mitad del siglo XIX, la izquierda se identificó principalmente con las doctrinas del *laissez faire* y las formas capitalistas de propiedad económica y producción de riqueza: «los defensores de las filosofías libre-cambistas eran considerados de izquierda en el siglo XIX, pero hoy se les sitúa normalmente a la derecha», explica Anthony Giddens (1999, 51). Sobre la cuestión de la derecha liberal como «vieja izquierda» pueden ser de interés los trabajos de Brittan (1968) y Ghiretti (2003).

De modo que la relación actual entre la izquierda y el capitalismo podría describirse como verdadero *reencuentro*, aun con todo lo crítico y receloso que pudiera aparecer. Pero además, es preciso atender al modo en que la dinámica propia del capitalismo está afectando la cultura de las sociedades actuales. La secularización de las creencias, la liquidación de las tradiciones y la disolución de las costumbres y de la vida en común, la economización invasiva de la sociedad que está operando el capitalismo parece estar llevando a cabo –de modo progresivo e inconciente– el proyecto cultural de la izquierda, bien representado por las tesis de Antonio Gramsci.

Aceptando lo anteriormente afirmado, aún se podría pensar que la izquierda se ha visto obligada a plantar cara en un frente secundario o alternativo: derrotado claramente su proyecto económico colectivista, frenado o bloqueado su proyecto político de democratizar radicalmente

la sociedad, la izquierda parecería buscar una revancha o un *premio consuelo* en un escenario alejado de las cuestiones principales. Esto podría tener sentido si se asumieran las tesis clásicas del marxismo, que encuentran en el sistema económico –compuesto por los medios técnicos y las relaciones de producción que se derivan de ellos– la estructura fundamental de la sociedad. No hace falta volver sobre la crítica de la teoría social del marxismo: se trata de un esfuerzo interesante, preñado de aciertos parciales, pero esencialmente erróneo.

Puede que la mayor parte de la izquierda no lo haya visto claro, puede que incluso tenga una desoladora conciencia de crisis. Puede que su lucha en el campo cultural no responda a un diseño estratégico bien planeado. Pero esta vía de acción responde a una racionalidad práctica evidente: quien transforma la cultura –el estrato profundo de las ideas y las creencias, los hábitos, los símbolos y las tradiciones– transforma la vida de las personas y las sociedades. Y puede modificar cada uno de los subsistemas que la integran: economía, derecho, política, moral, etc. Actualmente, la izquierda más activa es la que se ha emancipado del asfixiante corsé doctrinario del marxismo.

De acuerdo con lo expuesto, parece necesario reexaminar con calma la pertinencia del juicio sobre la crisis –temporaria o terminal– de la izquierda como identidad política. Pero también es cierto que la exploración de las cuestiones relativas a la vigencia histórica o supervivencia de las identidades políticas sirve para conocer algo más sobre ellas. Y viceversa, completando el recorrido, desde el análisis a la síntesis y de vuelta al análisis, es posible revelar, a partir de esos aspectos estudiados, de esos rasgos fundamentales, cuáles son las claves de su subsistencia y los riesgos que la amenazan en cuanto que identidad dotada de vigencia activa.

EN TORNO AL CÉLEBRE AFORISMO DE ALAIN

La izquierda es la identidad política que encierra del modo más sintético y completo las claves del pensamiento político moderno, la estructura hegemónica de ideas, creencias, actitudes e ideología en el mundo contemporáneo. Tal afirmación podría quizás sorprender: es claro que los dos términos del binomio se hallan indisolublemente unidos y de hecho consti-

tuyen un par de *opuestos correspondientes*. Sin embargo, el hecho de que constituyan un esquema de algún modo «simétrico» no quiere decir que no toleren un abordaje parcial, es decir, centrado solamente en un término del binomio.

Pero además, pueden ofrecerse razones suficientes por las cuales se demuestra que es conveniente iniciar el estudio del complejo significativo del binomio izquierda–derecha por la izquierda. Para ello puede recurrirse a un texto clásico del tema. Entre los estudiosos del problema de la distinción entre izquierda y derecha es famoso el aforismo de Emile Charrier, historiador y pensador francés, más conocido como Alain:

Lorsqu'on me demande si la coupure entre partis de droite et de gauche, entre hommes de droite et hommes de gauche a encore un sens, la première idée qui me vient est que l'homme qui me pose cette question n'est certainement pas un homme de la gauche.

La traducción es más o menos la siguiente: «la primera idea que me viene a la cabeza cuando alguien me pregunta si la distinción entre partidos de izquierda y derecha, entre hombres de izquierda y de derecha, tiene todavía sentido, es que quien me lo pregunta no es ciertamente un hombre de izquierda». El texto es citado por Raymond Aron (1955, 15).

Sería necesario revisar cuidadosamente la certeza y actualidad de la intuición del aforista: baste señalar que la distinción ha sido duramente cuestionada desde sectores incluidos tradicionalmente en la izquierda, tales como los vinculados a las teorías del socialismo científico y parte de la intelectualidad que generó el debate ideológico interno a partir de 1989¹. El propio Steven Lukes (Campi y Santambrogio eds., 1997, 301) –un

1. José Antonio Gómez Marín (1996, 37) ha intentado desarrollar la tesis que afirma que la negación del antagonismo entre izquierda y derecha es un postulado exclusivo de la derecha. Recurre para ello al repertorio tradicional de teóricos del fin de las ideologías (Gonzalo Fernández de la Mora, Daniel Bell, Raymond Aron) y las consabidas referencias al fascismo y al franquismo. Atribuye este rechazo a un instintivo mecanismo de defensa frente a quien cuestiona y pone en peligro el orden en el que es el amo. La negación de la polaridad se debería entonces a la actitud conservadora de la derecha. En realidad, se podría argumentar largamente contra el supuesto carácter conservador –y consecuentemente de derechas– del fascismo o de los teóricos del fin de las ideologías. En cualquier caso, es preciso recordar que quienes cuestionan seriamente, durante los primeros años del siglo XX, la distinción izquierda-derecha-centro, son los socialdemócratas rusos, con Lenin a la cabeza. Serán los comunistas bolcheviques quienes, en los años inmediatos a la revolución, denuncien sin piedad las desviaciones de derecha, de izquierda, y el oportunismo centrista. Para un estudio de las concepciones leninianas sobre la derecha, la izquierda y el centro, ver Ghiretti (2002, 167-193). Anthony Giddens (1999, 51) explica que «la afirmación de que la distinción izquierda/derecha está agotada fue hecha en la década de 1890 por sindicalistas y defensores del solidarisme». Es claro que la contestación a la distinción es bastante más antigua en la izquierda de lo que comúnmente se cree.

pensador de izquierda— lo ha demostrado al comparar la célebre frase de Alain —también empleada para responder a la pregunta de Beau de Loménie en 1931— con un ensayo publicado por Timothy Garton Ash, en 1991: son actualmente los teóricos y militantes de izquierda los que cuestionan la distinción.

La reflexión de Alain ha sido profusamente empleada por los autores de izquierda para definir la actitud genérica de la derecha hacia la distinción. En efecto: la derecha se muestra en general desafecta y despectiva hacia ella. No parece muy preocupada por su valor significativo o su persistencia histórica. Esto indica que la derecha no considera que su entidad política dependa de la subsistencia del binomio. Pero la observación de Alain además revela la actitud dominante de izquierda frente a la distinción. Si la derecha está dispuesta a relativizarla y discutirla, la izquierda —al menos mayoritaria y tradicionalmente— se ha mostrado reacia a hacerlo.

El texto de Alain podría formularse del modo siguiente: «cuando hablo con una persona que afirma el valor de la distinción entre izquierda y derecha, y se muestra convencida de ello, tengo la impresión de que esa persona es de izquierda». En las actitudes enfrentadas ante la discusión y consecuente relativización del binomio se advierten diferencias significativas, que sirven para comenzar a poner en cuestión la *simetría* rigurosa de los términos enfrentados². Para la derecha, la distinción es *doxa*, opinión, alineación circunstancial, posicionamiento histórico de duración efímera. Para la izquierda, la distinción es *dogma* (su propio dogma), identidad esencial y eterna, principio indiscutible. Le va la vida en ello. André Glucksmann (1987, 229-230) ha visto claro el razonamiento de fondo.

Bajo su aparente evidencia, la fórmula de Alain, esgrimida tantas veces, no está clara. O bien, a ojos del filósofo radical-socialista de la III República,

2. Alessandro Campi (Campi y Santambrogio, 1997, 157) sugiere otra paráfrasis igualmente sugestiva. «Per cominciare, parafrasando Alain in maniera irriverente, si potrebbe dire che chiunque si ostini a difendere il valore della coppia in oggetto è per ciò stesso un uomo di sinistra teso a salvaguardare il plusvalore politico che gli deriva dall'utilizzo di una dicotomia che —è questa una delle tesi che svolgerò più avanti— si presenta, sul piano della cultura politica, come strutturalmente asimmetrica dal punto di vista dell'attribuzione di valore. Difendere la dicotomia destra-sinistra è, per un uomo di sinistra, difendere una rendita di posizione política, visto che i due termini che compongono la diade si presentano, nella visione oggi dominante, come fortemente diseguali e squilibrati. Suggerisco perciò di parafrasare Alain, alla lettera, in questi termini: 'Quando qualcuno mi dice che la frattura tra partiti di destra e partiti di sinistra, uomini di destra e uomini di sinistra ha ancora un significato, penso subito che chi mi fa questa affermazione è quasi certamente un uomo di sinistra. Penso ciò in considerazione all'evidente asimmetria che la distinzione comporta sul piano della cultura politica e dei vantaggi che ne derivano per chi si dichiari di sinistra'».

la pregunta en sí no tiene sentido (puesto que izquierda y derecha son eternas). O es sólo para el hombre de izquierda que es impronunciable (dado que la entidad en la que se recrea le parece inmortal). Las dos hipótesis difieren. La segunda parece menos fuerte y más irónica para el que admite que la pasión no queda cubierta con el privilegio de una infalibilidad pontifical. ¿Hay que suponer que el hombre de izquierda, por creerse perpetuo, lo es? Alain habría así recortado una prueba ontológica de uso político, deduciendo de las pretensiones a la permanencia de esas pretensiones, del mismo modo que de la esencia de Dios, es decir, de su exigencia infinita de existir, ciertos teólogos llegan a la conclusión de su existencia necesaria. Habría, entonces, en la izquierda, unas preguntas que uno no tendría derecho de plantear y unos principios que escapan al examen.

Parece claro que el término «fuerte», el que da origen y sentido al binomio, al menos en su acepción política (fuera de ella –es decir, en el plano de la antropología cultural, el simbolismo religioso o moral– debe afirmarse precisamente lo contrario) es la izquierda. Hay un presupuesto sobre el que se apoya el aforismo: la distinción es vital e inevitable solamente para un término de la misma: la izquierda. Así, quienes son del todo incapaces, no ya de preguntarse por los aspectos más profundos de la distinción, sino de ponerla en duda son los que se ubican a la izquierda. A pesar de que el implícito sobre el que se fundaba la afirmación de Alain ha sido aparentemente invalidado en alguna medida en fechas recientes, también es cierto que posee la intacta capacidad de revelar, en la economía interna de la distinción política, el *carácter originario, esencial*, de la izquierda, y el *carácter derivado, accidental* de la derecha.

LA DERECHA, CATEGORÍA POLÍTICA POR DEFECTO

Parece necesario en este punto detenerse por un momento en la cuestión de la derecha. Para ello es interesante contrastar las perspectivas sobre la cuestión de dos conocidos autores, uno de izquierda, Norberto Bobbio, y otro de derecha, Jean Madiran. En clara disidencia –y con la visible intención de mantener la declamada asepsia– con la tesis del canadiense J. A. Laponce (1981), que dice –según el parecer del pensador italiano, recientemente fallecido– que se ha operado en el plano político una inver-

sión valorativa de los términos, constituyendo la izquierda el aspecto positivo de la política y la derecha su contrapartida negativa, Bobbio (1995, 76) sostiene la reversibilidad axiológica absoluta de los mismos³. Este autor afirma que si en la acepción espacial originaria y su aspecto cultural y religioso, derecha e izquierda poseen valoraciones fijas –positivo para el caso de la derecha, negativo para el caso de la izquierda– en el ámbito de lo político, tal cosa no ocurre. Para fundamentar su afirmación, relativiza el estudio de Laponce y cita en su favor la reciente aparición de movimientos políticos que adoptan la denominación de *derecha*⁴.

La consideración de algunas cuestiones relacionadas puede aclarar el punto. El mismo Bobbio da algunas pistas sobre ciertas dificultades en la reversibilidad de los términos: ha afirmado anteriormente que en toda pareja de términos antitéticos, no siempre los dos poseen igual fuerza⁵. Aunque inmediatamente después confunda fuerza significativa de los términos con fuerza o predominancia histórica de los mismos⁶, la observación es interesante. Revela una condición asimétrica del binomio, y consecuentemente, una minusvalía (menor valor, o disvalor) de un término con respecto al otro.

También Steven Lukes (Campi y Santambrogio eds., 1997, 305-306; Bosetti ed., 1996, 50) se ha pronunciado por el equilibrio de los términos izquierda y derecha. Según este autor, la aparición de la distinción transforma el simbolismo político en un modo de lateralidad horizontal.

3. En realidad, la interpretación de Bobbio no hace justicia a la tesis de Laponce, que es extremadamente reveladora. El estudioso canadiense (Laponce, 1981, 13) advierte una fuerte complejidad en el valor asignado a los términos de la distinción en el plano político.

4. Es, al respecto bien ilustrativo el criterio de denominación que han adoptado últimamente las agrupaciones políticas en Italia y España: mientras que las coaliciones y formaciones partidarias de izquierda adoptan nombres como Partito Democratico della Sinistra o Izquierda Unida, no se conocen agrupaciones políticas de igual importancia que adopten en su denominación la palabra «derecha». Bobbio pretende en su libro dar ejemplo del uso positivo y voluntario del término «derecha», trayendo a colación la famosa y promocionada «nouvelle droite» francesa. El argumento carece de proporcionalidad y no sirve para contrarrestar la difundida resistencia de la mayoría de las agrupaciones que podrían considerarse de derecha a definirse oficialmente con ese término. Es frecuente el uso de este tipo de recursos en el autor citado: se otorga entidad a entidades o procesos ínfimos o engañosos dentro de la actividad o el pensamiento político para componer una suerte de simetría o dar un carácter proporcional al binomio (Bobbio, 1995, 77). La posición de Alain de Benoist –supuesto representante e ideólogo de la nouvelle droite– respecto de la distinción entre izquierda y derecha, puede verse en un texto inequivocablemente titulado *La fine della dicotomia destra/sinistra* (Campi y Santambrogio eds., 1997, 77-94).

5. «In ogni coppia di termini antitetici non sempre i due termini hanno eguale forza, e inoltre non è detto che dei due sia sempre più forte l'uno e più debole l'altro». (Bobbio, 1995, 44).

6. «Nella coppia antitetica destra-sinistra, limitatamente al linguaggio politico, la forza rispettiva dei due termini non è data costitutivamente –al contrario di quel che accade nel linguaggio biológico, e per estensione in quello religioso ed etico, dove il termine forte è destra–, ma dipende dai tempi e dalle circondanze» (Bobbio, 1995, 45).

Se inaugura así lo que él llama *principio de paridad*: «las alternativas políticas deben considerarse legítimamente iguales en la competición por la búsqueda del consenso de los ciudadanos». Pero es el propio Lukes quien provee los argumentos para refutar esta posición. No existe en realidad reversibilidad valorativa, puesto que la carga se ha desplazado decisivamente, desde la derecha en épocas anteriores a la significación política de la distinción, hacia la izquierda en épocas posteriores a ella.

Izquierda y derecha no operan como principios complementarios y constitutivos, tal como sucede en algunas cosmologías orientales, ante los cuales no cabe tomar partido –contrariamente a lo que de hecho hace el autor– puesto que el bien está en el equilibrio. Por otra parte, la paridad excluye aquellas alternativas políticas que ponen en cuestión el sistema que las consagra, por ejemplo con la defensa del principio de jerarquía, tan característico de la derecha tradicional. El principio de paridad de Lukes sólo parece ser una consigna de la izquierda igualitaria.

La clave está en la misma génesis histórica de la distinción. Es sabido que la izquierda como categoría política moderna precedió a la derecha. El desarrollo del proceso histórico que dio lugar a la bisecular distinción también es conocido. Los diputados de la Asamblea Nacional ubicados en el sector izquierdo del hemiciclo legislativo asumieron la representación de un conjunto de ideas e iniciativas que terminaron por identificarse con la ubicación espacial de su bloque, aceptando dicha denominación como expresión de facción asamblearia definida ideológicamente⁷.

El punto es planteado por Jean Madiran (1981, 7): «la distinción entre una derecha y una izquierda es siempre una iniciativa de la izquierda, tomada por la izquierda en provecho de la izquierda: para derribar a los poderes o para apoderarse de ellos»⁸. La izquierda da a luz a su adversario irreconciliable, la derecha, que pasa a ser todo aquello que no es de izquierda. La entidad histórica de la derecha parte de una definición por defecto: la derecha existe porque la izquierda lo necesita.

7. Anota Dalmacio Negro Pavón (1999, 109) que la distinción no se hizo popular –y por así decirlo «universal»– sino hasta el comienzo de la Tercera República francesa. Marcel Gauchet (Nora ed., 1992, 413) explica que el uso de izquierda y derecha como identidades políticas generales, es decir, difundidas masivamente fuera del recinto parlamentario y su terminología parlamentaria específica, data del *affaire Dreyfus*, hacia 1900.

8. «Existe una derecha, por otra parte asombrada de serlo, y consintiéndolo mal, en la medida en que una izquierda se forma, se opone a ella. Es así como comienzan las cosas o recomienzan, y no en sentido inverso. Los que instauran o vuelven a poner en circulación el juego derecha-izquierda se sitúan ellos mismos a la izquierda, delimitan una derecha para combatirla y para excluirla.»

Respecto de esta cuestión se advierte entre algunos especialistas un muy frecuente error de interpretación⁹, que ha dado lugar a teorías igualmente descaminadas, tal como puede verse en el reciente libro de Gustavo Bueno (2003, 285). Este autor confunde la derecha como identidad política con el cúmulo de realidades –creencias, ideas, símbolos, instituciones, tradiciones, etc.– que a partir del nacimiento de la izquierda política aparecen comprendidas o incluidas en un concepto definido como derecha. Bueno llega así a hablar de una «derecha absoluta», ignorando así el carácter esencialmente relacional de la distinción¹⁰.

Volviendo a la cuestión principal: si al tratarse de una categoría espacial aplicada al campo ideológico la izquierda genera grandes dificultades para su definición, la derecha sufre de una imprecisión conceptual aun mayor, por tratarse de algo definido por exclusión. Por otra parte no puede desconocerse que, siendo las gentes que se consideran de izquierda los autores intelectuales primarios de la entidad de la derecha, esta categoría revista un carácter indeleblemente valorativo, más precisamente de carácter negativo. La derecha es el enemigo, es todo lo que se aborrece, al menos en lo que a la cuestión política, social, cultural y económica se refiere¹¹. Mal puede Bobbio ignorar esta cuestión, aun cuando se lo proponga y de hecho lo intente.

9. Es, sin embargo, común encontrar entre los autores de izquierda afirmaciones como la de Gómez Marín. Mientras que «la Derecha es simplemente una fuerza sedentaria, basada en lo que pudieramos llamar la conciencia primaria de los hombres y tiene por ello bastante de visceral», para el autor, «la actitud de 'Izquierda' aparece muy tarde, en términos relativos, en el horizonte de la cultura social» (Gómez Marín, 1996, 38) El autor indica que la izquierda es un tipo de conciencia o actitud de aparición posterior a la derecha, pero se autorrefuta al definir a la derecha como una actitud instintiva de defensa (43-44). Es claro que la defensa está precedida causalmente por un ataque, y así, la derecha sería una reacción a algo que se percibe como una amenaza. Ernst Nolte (Campi y Santambrogio eds., 1997, 95), por su parte, se ha encargado de borrar todo equívoco. «La destra» –escribe– «è determinabile solo attraverso la caratterizzazione della sinistra cui reagisce. La sinistra, a sua volta, dev'essere rapportata alla situazione –o alla struttura sociale– che critica, attacca o cerca di sovertire.»

10. «Porque, si bien la derecha, como concepto político estricto, sólo se configura como tal por su relación a la izquierda, que aparece en el siglo XVIII, sin embargo, la situación originaria, la 'situación de la derecha originaria', o si se quiere, la 'derecha absoluta' en cuanto previamente dada a su relación con la izquierda (que aún no existe) es una situación primitiva (no derivada), anterior, en centenares de siglos, a la situación de la izquierda, tal como se configuró en la época moderna (el padre es necesariamente anterior y previo al hijo; sin embargo, en cuanto término de la relación de paternidad, sólo adquiere su condición de padre una vez que el hijo ya existe)». Lo afirmado anteriormente sirve para aclarar las insolvencias de Bueno: la derecha nunca es originaria en el marco de la distinción, sino derivada, una categoría por defecto; la única configuración que se conoce de la derecha es la que genera la izquierda a partir de la Revolución Francesa. Lo demás es retórica confusionista.

11. Hace más de tres décadas escribía J. Marcos de la Fuente (Molnar, Domenach, De la Fuente, 1970): «Hoy más que nunca se necesita un auténtico valor para declararse hombre de derecha. El espíritu de izquierda –por lo menos en

Alessandro Campi (Campi y Santambrogio, 1997, 157-159) ha querido ver en el carácter asimétrico, en términos valorativos, de los extremos de la distinción, el origen de la crisis que la afecta en la actualidad. El propio autor reconoce que el binomio izquierda-derecha responde a una elemental forma de clasificación y comprensión, que es la oposición binaria. También es consciente de que toda distinción sirve para *discriminar y valorar*. Pero no parece advertir lo que ha señalado José Antonio Gómez Marín (1996, 31) a partir de las tesis de Durkheim y Mauss, específicamente para la distinción izquierda-derecha: toda clasificación implica necesariamente un *orden jerárquico*.

Se concluye entonces en que *la derecha* es una definición por defecto, esencialmente subordinada y peyorativa (no debe olvidarse que ésta sigue constituyendo el insulto más ignominioso en el ámbito de las discusiones internas de la izquierda). Al no respetar una de las reglas elementales para la formulación de una definición, se está en presencia de una *in-definición*, que constituye, por otra parte, una categoría más o menos resistida por sus destinatarios. Todavía es infinitamente más frecuente, aún en estos días, oír decir «soy un hombre de izquierda» que «soy un hombre de derecha». Al respecto, Madiran (1989, 13) afirma que «uno decide ser de izquierda, mientras se acepta más o menos ser de derecha».

ASIMETRÍA Y DIALÉCTICA

Por esta razón, es difícil precisar los términos en los cuales la derecha entra en crisis. Si se atiende a las instituciones, tradiciones, ideas o creencias que se definen como la derecha, su crisis o problematización como autoconciencia es mayormente irrelevante. Si se atiende a su carácter de autoconciencia frente a la autoconciencia de izquierda, aparece necesariamente aquejada de debilidad, de riesgo continuo. Asimismo, la tarea de delimitar los contenidos ideológicos universales de la derecha es probablemente inútil e imposible, ya que su circunscripción ideológica dependerá siempre de la voluntad de los hombres de izquierda. Se podría

el ámbito intelectual— ejerce tal terrorismo ideológico, que es difícil ir contra esa corriente; y efectivamente son pocos los que van río arriba. Ser de izquierda es todavía una patente de corso. El hombre de derecha es un ser desplazado, el verdadero 'disconforme' por lo menos dentro del estamento intelectual».

explicar, mínima y a la vez satisfactoriamente, a la derecha como lo inde- seable para la izquierda. Quizá por ello la preocupación por definir a la derecha haya precedido a la discusión sobre la izquierda.

El concepto de derecha, proteico e indefinible, constituido en cada caso por lo que la izquierda excluye y anatematiza, no tiene grandes inconvenientes teóricos. Habiendo nacido la izquierda como una definición propia, siendo la *categoría madre*, la discusión sobre su propia vigencia como categoría política se desarrolla principalmente en el fuero interno de la izquierda. Es ella la que se ha planteado hasta las últimas conse- cuencias el problema de su identidad. La cuestión podría plantearse de la siguiente manera: «la izquierda somos nosotros, eso está claro, pero ¿qué es lo que efectivamente nos reúne?» Los que tienen –o pretenden tener– conciencia grupal son los de la izquierda: los de la derecha, al no tener conciencia específica de pertenencia, arrojados *á droite* por los de la izquierda, no se plantean mayormente la vigencia, los alcances o la efec- tividad del término.

Norberto Bobbio insiste a lo largo de su libro en que la vigencia del binomio reside en la dependencia mutua de los dos términos compo- nentes: sin izquierda no tiene sentido hablar de derecha, y viceversa. Sólo en este sentido se puede entender que el autor se resista a hablar de crisis de la izquierda, prefiriendo referirse a la crisis del binomio. Como es pos-ible advertir, una reconstrucción histórica del origen político del binomio ilustra convenientemente sobre la verdadera relación causal de un polo con respecto a otro, fundamentando adecuadamente su carácter asimétrico en términos valorativos. Es difícil otorgar a cada uno de los términos del binomio una inversión valorativa completa, comparable a aquella más antigua, de orden cultural o religioso (puesto que la derecha aún campea por sus anchas en el plano de los símbolos no políticos) pero también es claro que la reversibilidad que pretende Bobbio no es absoluta.

En relación con lo anterior, no parece lo más adecuado hacer un tratamiento teórico absolutamente «simétrico» del binomio, principal- mente porque uno de los términos del mismo es origen del otro. De hecho podría ser considerado un ejemplo de lo que Reinhart Koselleck (1993, 205) ha llamado *conceptos contrarios asimétricos*. Izquierda y derecha no pueden sino comprenderse en una relación dialéctica, articulada en un proceso. La izquierda representa, en el momento de su aparición, el sector

que pretende motorizar cambios radicales en un cierto sentido. La derecha, en ese momento, es el sector que no apoya ni comparte el cambio que propone la izquierda.

La derecha aparece originariamente como todo aquello excluido por la izquierda, sean ideas, hombres, instituciones o movimientos. Se trata, como ya se ha dicho, de una definición *por defecto*. Teniendo en cuenta este dato, es posible distinguir dos derechas: la ya mencionada, que «aparece» por vía de exclusión, y que podría definirse como una *no-izquierda*, y otra, que planta cara a la izquierda en sus propios términos y se opone a ella en todos sus puntos de vista e iniciativas: una *anti-izquierda*. En la primera cabe la mar y todos sus pececillos. En la segunda se sitúan las ideologías reaccionarias y regresivas. Cuando se ideologiza ante la hostilidad de la izquierda, parte de aquella derecha originaria (o de la izquierda desengañada, como suele suceder) se convierte en *reacción*, en resistencia activa y específica al cambio propuesto por el adversario. Sólo en esa instancia se convierte en una posición cerril y radicalizada, se erige en contendiente, en *derecha plena*, autoconsciente¹².

Se advierte la estructura propia de una relación dialéctica. Si se ubica a la derecha de la primer acepción, es decir, como *no-izquierda*, en el lugar de la *tesis*, y a la izquierda en el lugar de la *antítesis*¹³, la derecha plena como *antiizquierda* aparece en el sitio de la *síntesis*: en su constitución aparecen elementos tanto de la tesis como de la antítesis. Es claro que si bien no cabe hablar de simetría, el tratamiento de cada término del binomio exige cierta proporcionalidad, cierta homogeneidad cualitativa.

12. Se explica mejor de este modo lo que René Rémond (Campi y Santambrogio eds., 1997, 167) señala como debilidad, problematidad o carácter paradójico de la distinción. En referencia a los sucesivos gobiernos de derecha franceses, explica que «tra il 1960 ed il 1981 la maggioranza, che era la destra, aveva bandito questa denominazione dal proprio vocabolario e si designava solo a partire dalla propria posizione nei confronti del potere. Per paradosso, tale maggioranza ha dovuto abbandonare il potere per ritrovare la fierazza della propria appartenenza». Contrariamente a lo que piensa el autor francés, no constituye ninguna paradoja. La conciencia de derecha aparece como una identidad fuerte o diferenciada solamente cuando se la enajena de las instituciones de gobierno, las instancias verdaderamente políticas. La conciencia de derecha es aquí, nuevamente, una copia simétrica de la identidad de la izquierda, que sólo tiene sentido cuando se opone al poder. Ernest Nolte (Campi y Santambrogio eds., 1997, 95) explica bien la evolución histórica de la configuración de la derecha alemana: «Agli inizi, nei suoi scrittori 'anti-illuministi' della fine del XVIII secolo (ma per la maggior parte dall'Illuminismo), la destra era 'gouvernemental', tentava cioè di correre in aiuto dei governi in difficoltà; solo molto più tardi esisterà una destra d'opposizione', che da tal punto in poi potrà essere qualificata anche essa come moderata, radicale ed estrema, come già in parte accade alla destra dell'impero bismarckiano».

13. Se advierte de todos modos el límite circular de la relación dialéctica: en realidad la tesis es constituida como tal por la antítesis. No hay tesis si previamente no se define una antítesis.

Se concluye entonces que mientras la derecha asume con mayor o menor disgusto su posición en el espectro, la izquierda lo hace siempre con una afirmación voluntaria y plena: *ése es su juego*. La derecha es consciente de que no sufriría mayor menoscabo en su configuración institucional o ideológica si desapareciera la distinción. Del otro lado sucede exactamente lo contrario. En fechas recientes, después del ocaso de la aurora socialista y el enfriamiento del entusiasmo revolucionario, la única identidad a la que pueden aspirar ciertos sectores políticos e intelectuales es la izquierda. Ésta provee identidad *sustancial*, mientras que la derecha provee identidad *accidental*. Para la izquierda, la identidad de izquierdas es absolutamente irrenunciable. *La izquierda es la única forma de la izquierda*. La derecha podría sin mayores problemas prescindir de su forma correspondiente¹⁴. La *derecha* no es la forma de la derecha, sino una categoría por defecto, endilgada a su destinatario como quien reparte papeles en una obra de teatro. En este caso, toca a la derecha el papel de villano.

LA IZQUIERDA Y LA REALIDAD POLÍTICA: UNA CONSIDERACIÓN METAFÍSICA

Es necesario retornar nuevamente al origen histórico de la distinción política. En un reciente ensayo, Gabriel Albiac (2000, 119) ha señalado que la distinción derecha-izquierda es un modo de aludir al tiempo: «*Derecha e izquierda* son la metáfora de ese tránsito entre el mundo que se extingue y el que nace: *ancien régime* y *nouveau régime*». Desde su aparición en el mundo de las identidades políticas, en la Asamblea Francesa de agosto de 1789, la izquierda se ha definido *contra la realidad*, contra el orden de las cosas realmente existente. En aquella ocasión estaba en discusión el tradicional privilegio regio de abolir o promulgar los proyectos de ley provenientes de los Estados Generales.

La izquierda, se define en ese caso, *contra* la institución existente, es decir, a favor de su abolición. Al hacerlo, se recorta actitudinal e ideológicamente de la compleja trama de las instituciones, creencias y convicciones que respondían al orden político y social vigente. Lo ha visto

14. Se entienden las dificultades que reconoce Brittan (1968, 61-62) para componer el sistema de creencias (belief-system) de la derecha del Partido Conservador británico, dada la multitud y variación de los elementos que reúne, y la relativa facilidad para hacer lo propio con la izquierda del Laborismo.

claramente el ideólogo italiano Antonio Negri (1989, 158): totalidad del orden social e izquierda se conciben como dos realidades enfrentadas a muerte. Es claro que la izquierda no se define dialécticamente contra el *pasado caduco* –esta es una equivocación frecuente, ejemplo típico del pensamiento desiderativo de la izquierda– sino contra el *presente*, contra el orden político y social vigente: de otro modo, si el pasado estuviera efectivamente *caduco*, no habría necesidad de luchar o enfrentarse contra él.

Puede decirse que la izquierda es siempre un no-ser dominante. Pero es un no-ser que adquiere unas determinadas formas de actitud e ideología. *El ser de la izquierda radica en el no-ser*. Esta paradoja puede comprenderse –al menos provisoriamente– si se concibe a la izquierda como un algo que pretende ser un no-ser: es un impulso contra el ser, una voluntad de no-ser. Se vislumbra así la tensión irremediable que la aqueja, la permanente conciencia de crisis en la que se halla inmersa. Esta conciencia de crisis aflora particularmente en los momentos en los que la izquierda debe pasar del pensamiento a la acción, darse una estructura organizativa propia o asumir el ejercicio del poder político. Porque cada una de esas transiciones implica *ensuciarse las manos* con el ser, acomodarse a su estructura invariable, renunciar a las flamígeras e incandescentes perspectivas críticas y teorías revolucionarias para remangarse y operar con la realidad misma: pasar a la derecha.

El caso es que la identidad de derecha sólo aparece en razón de que la izquierda, como actitud general frente a la realidad de lo político y lo social, constituye la categoría opuesta. La derecha puede disolverse como identidad sin que sufra menoscabo en lo más mínimo la realidad variada, compleja y multiforme que ha sido denominada genéricamente con dicho nombre. Es nuevamente Negri (1989, 163) quien lo ha señalado acertadamente, al describir el nuevo orden hegemónico al que se enfrenta la izquierda de finales del siglo XX. El autor explica que el orden social, económico y político está constituido por relaciones de dominación frágiles, de debilidad notoria, puesto que, a diferencia de la izquierda, «la totalidad enemiga es incapaz de convertirse en orgánica»¹⁵. Pero,

15. «The level of synthesis of domination and the degree of intensity in the enemy's capacity to produce subjectivity, are objectively minimal. The enemy's totality is unable to become organic. However –and here we come to a new series of reflections– this is not enough to establish a theory and practice which comprise a new notion of the 'Left'.»

completando a Negri, también hay que señalar que esa *totalidad orgánica* a la que puede aspirar la izquierda debe definirse necesariamente en oposición y lucha contra la estructura relacional e institucional de la propia realidad política y social. Es una «totalidad orgánica» enfilada contra todos los órganos del cuerpo social.

La derecha es el nombre con que la izquierda denomina genéricamente a la realidad política y social misma¹⁶. En cambio la izquierda se define como un impulso general e indiscriminado contra esa realidad compleja. La derecha se constituye por *aglomeración* y *redefinición* –un nuevo nombre genérico– de una realidad ya existente. La izquierda, en cambio, se constituye por *exclusión*, *negación* y *oposición* a dicha realidad. Por eso, la idea –muy frecuente entre autores de izquierda– de la derecha como el partido o la facción de la *unidad* y la izquierda como el partido o facción de la *pluralidad* y la *diversidad* es en realidad un recurso retórico¹⁷.

A partir de esta comprobación también se puede explicar la aparente mayor exigencia intelectual de la izquierda respecto de la derecha, como han visto bien Ágnes Heller y Ferenc Fehér (2000, 43n)¹⁸ y el ya citado Gómez Marín (1996, 45). Es la izquierda la que debe hacer un esfuerzo teórico superior, para definir su identidad contra la realidad política y social; para dar una estructura y un contenido reconocible a algo que primaria y principalmente se define como negación y rechazo. Constituye este asunto un interesante caso de racionalidad política, que merecería un estudio detenido. Se entiende por tanto, que a efectos de abor-

16. Laurent Joffrin (2002), autor de un interesante ensayo sobre la izquierda francesa aparecido en los años ochenta y director de *Nouvel observateur* ha escrito recientemente, en relación con las dificultades que encuentran los hombres de izquierda: «Oui, la vie de l'homme de gauche est difficile. Ce n'est plus la droite qui est réactionnaire. C'est la réalité.»

17. La cuestión fue originariamente planteada, aunque de modo inverso –«la verdad es una, el error es múltiple: por tanto no es raro que la derecha sea plural»– por Simone de Beauvoir en un artículo sobre la derecha, aparecido en *Les temps modernes* a mediados de la década de 1950. Desde una perspectiva opuesta y con escasa fortuna –puesto que la discusión es mayormente ociosa, y sirve para abonar la autoconciencia pluralista de la izquierda– es retomada por Gustavo Bueno (2003, 295-295). Ver también Haro Tecrlen (2001, 49-50).

18. «La izquierda ha tenido siempre predominio intelectual, en parte en el sentido de que la izquierda se llamaba a sí misma izquierda, mientras que la derecha no hizo necesariamente lo mismo, y en parte en el sentido de que la autodefinición de la derecha, en la mayoría de los casos, depende de la izquierda y no a la inversa». Sin embargo, los autores se contradicen rápidamente: «la emigración aristocrática de Constanza no fue de 'derecha', porque sus miembros vivían en un período prelibertario». La afirmación conduce a la discusión sobre las condiciones para que aparezcan y se desarrolleen las identidades políticas de izquierda y derecha. En cualquier caso, si es cierto que la delimitación conceptual de la derecha es siempre efecto de la delimitación conceptual de la izquierda, a partir de la partición original del espacio político en dos polos –operado por la izquierda–, todos los actores del mismo se ubican a uno u otro lado. Los emigrados franceses eran de derecha, aún cuando no lo supieran ni tuvieran conciencia de ello.

dar el significado de la polaridad, antes de definir qué cabe entender por derecha sea necesario comprender la izquierda.

Cabe hacer una última consideración: en términos estrictos, la identidad de derecha propiamente dicha es una identidad débil, indefinida y vaga; contrariamente, la identidad de la izquierda es una identidad fuerte, bien definida y precisa. La aparente «fortaleza» de la derecha proviene de su identificación con el entramado institucional y relacional de la propia realidad política. La «debilidad» de la izquierda, en cambio, proviene del hecho de que se define contra la realidad.

CONCLUSIÓN

En relación con el problema planteado al principio, lo anteriormente expuesto deja ver que al menos respecto de la derecha como identidad política, la capacidad de supervivencia de la izquierda es mucho mayor. Se trata de una conciencia frente a lo político de carácter autorreferencial. *La derecha puede ser muchas cosas; la izquierda sólo puede ser ella misma.* Cabe decir aún más: la izquierda puede subsistir, aun cuando la autoconciencia de derecha hubiera desaparecido. Para sobrevivir, la izquierda sólo necesita algo a lo que llamar derecha. En este sentido, la conclusión parece clara. Sin embargo el problema, posiblemente mejor comprendido a partir de ella, no está del todo despejado.

Un estudio sobre las posibilidades de supervivencia de la identidad de izquierda en el escenario político e intelectual contemporáneo –no ya en referencia exclusiva a la derecha– requeriría un esfuerzo sustancial, y requeriría un despliegue mayor que el que se ha hecho aquí. Sin embargo, pueden ofrecerse algunas notas de interpretación. Unos párrafos más arriba, se ha considerado a la izquierda como la forma de identidad política más perfecta de la modernidad política¹⁹. Esta afirmación exige un cierto desarrollo, aunque sea sucinto.

En la estructura de la identidad de izquierda se combinan unos elementos que pueden considerarse como la quintaesencia de la forma

19. Las tesis que afirman el carácter antimoderno de la izquierda sólo pueden «sostenerse» en un doble desconocimiento: tanto de la izquierda como de la modernidad. Como ejemplo, puede mencionarse el artículo de Santoro (2001-2002).

moderna de comprender la política. En primer lugar, existe un sustrato diferencial esencialmente negativo, de oposición al orden social vigente: este sustrato es el que se manifiesta históricamente en el *pensamiento revolucionario*, un producto de teoría política genuinamente moderno. Puede decirse que, en la actualidad, este fundamento se halla reducido y oculto, pero su subsistencia no puede ponerse en duda, puesto que no existe izquierda donde no hay un inconformismo elemental y enfilado contra la totalidad.

En segundo lugar, aparecen en el plano de la formulación ideológica dos modos diversos de concebir el orden social. Uno, el más propio de la izquierda –su configuración original– asume como ideal fundamental la libertad, comprendida en términos de *emancipación*, e implica la eliminación de toda relación y orden social que conspire contra la libertad del individuo. De izquierda son o han sido las doctrinas liberales del siglo XIX, el anarquismo en sus múltiples confesiones y las teorías emancipacionistas del siglo XX, desde la Escuela de Frankfurt hasta los ideólogos del 68. El otro, secundario o derivado, es el que toma partido por la *igualdad* como criterio supremo de orden social. De izquierda son o han sido las ideologías colectivistas, los socialismos utópicos y científicos, las teorías de la democracia radical, las concepciones más recientes del Estado Social.

La izquierda es la identidad política más caracterizada de la modernidad: como conciencia política, ha sido la madre de todas las concepciones derivadas del pensamiento revolucionario francés: está en la génesis de la Nación y el Estado Contemporáneo. Que sus *criaturas* hayan sido acogidas por madres de adopción y se hayan convertido en principios e instituciones defendidas por la derecha es otra historia, y en cualquier caso, es atribuible a la personalidad extremada y veleidosa de la madre biológica. Puede decirse que la supervivencia de la izquierda se mantendrá, como posibilidad, al menos en tanto y en cuanto la modernidad política mantenga su propia vigencia.

Pero también es cierto que, a pesar de ser la encarnación más perfecta de la modernidad, la izquierda no *es* la modernidad misma. Es difícil, pero no imposible, pensar en una modernidad política postrevolucionaria en la que la izquierda esté ausente: de hecho, en muchos países modernos la distinción izquierda-derecha es marginal, secundaria o residual. Quizás el

argumento más atendible de la crisis de la izquierda podría ser que –de acuerdo con la breve definición que se ha ensayado unos párrafos más arriba– esté predominando actualmente *el elemento o componente negativo*, en razón del fracaso de los intentos por hacer avanzar o conseguir conquistas efectivas en el plano de los *elementos positivos ideológicos* (igualitarismo/emancipacionismo), al menos tal como la propia izquierda los concibe.

No a otra razón puede deberse el progresivo desarrollo y expansión de las *izquierdas críticas*, académicas o no, que han ido restando fuerzas e impulso a las *izquierdas políticas*, activas y militantes. En este sentido, el libro que Richard Rorty (1998) ha dedicado a la izquierda norteamericana es extremadamente ilustrativo. Sin embargo, planteada de este modo, la situación actual de la izquierda reaparece como una forma o manifestación elocuente en el plano político de un verdadero *signo de los tiempos*: el malestar difuso, pero extendido, persistente y progresivo, de la cultura occidental, la insatisfacción creciente ante la configuración política y social de la modernidad contemporánea, la fragmentación y crisis de la idea de progreso. En lo que a la izquierda se refiere, no está dicha –ni mucho menos– la última palabra.

BIBLIOGRAFÍA

- Albiac, Gabriel (2000): *Contra la incertidumbre*. Plaza & Janés, Barcelona.
- Aron, Raymond (1955): *L'opium des intellectuels*. Callmann-Lévy, París.
- Bobbio, Norberto (1955): *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica*. Donzelli, Roma, 2ed.
- Bosetti, Giancarlo (1991): *Il legno storto e altre cinque idee per ripensare la sinistra*. Marsilio, Venezia.
- Bosetti, Giancarlo, comp. (1996): *Izquierda punto cero*. Paidós, Barcelona.
- Blackburn, Robin, ed. (1991): *After the Fall: the Failure of Communism and the Future of Socialism*. Verso, London.
- Brittan, Samuel (1968): *Left or Right: the Bogus Dilemma*. Secker & Warburg, London.
- Bueno, Gustavo (2003): *El mito de la izquierda*. Ediciones B, Madrid.
- Cabrera, Mercedes; Cotarelo, Ramón; Paramio, Ludolfo; Quintanilla, Miguel Ángel; Vargas Machuca, Ramón (1993): *Evolución y crisis de la ideología de izquierdas*. Nueva Sociedad, Caracas, 2ed.
- Campi, Alessandro; Santambrogio, Ambrogio, eds. (1997): *Destra/Sinistra. Storia e fenomenologia di una dicotomia política*. Antonio Pellicani, Roma.
- Cotarelo, Ramón (1989): *La izquierda: desengaño, resignación y utopía*. Ediciones del Drac, Barcelona.
- Ghiretti, Héctor (2002): *La izquierda. Usos, abusos, precisiones y confusiones*. Ariel, Barcelona.
- Ghiretti, Héctor (2003): *Izquierdas, derechas y centro: un ejercicio de identificación en la cuestión demográfica española*. Revista Empresa y Humanismo, vol. VI, n.1, Instituto Empresa y Humanismo, Pamplona, 125-159.
- Giddens, Anthony (1999): *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Taurus, Madrid.
- Glucksmann, André (1987): *La estupidez. Ideologías del postmodernismo*. Península, Barcelona.
- Gómez Marín, José Antonio (1996): *Charlar con propiedad. Antología de frases de derecha*. Libertarias/Prodhufi, Barcelona.
- Haro Tecglen, Eduardo (2001): *Ser de izquierdas*. Temas de Hoy, Madrid.
- Heller, Agnès; Fehér, Ferenc (2000): *Anatomía de la izquierda occidental*. Península, Barcelona, 2ed.
- Hobsbawm, Eric (1993): *Política para una izquierda racional*. Crítica, Barcelona.
- Joffrin, Laurent (2002): *Insécurité, famille, école, moeurs... Sommes-nous tous devenus réacs?* Nouvel Observateur Hebdo, n.1985, 21 de noviembre.

LOS MUERTOS QUE VOS MATAIS...

- Koselleck, Reinhart (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona.
- Laponce, J.A. (1981): *Left and Right. The Topography of Political Perceptions*. University of Toronto Press, Toronto.
- Madiran, Jean (1981): *La derecha y la izquierda*. Ictión, Buenos Aires.
- Molnar, Thomas; Domenach, Jean-Marie; De la Fuente, J. Marcos (1970): *La izquierda en la encrucijada*. Unión Editorial, Madrid.
- Negri, Antonio (1989): *The Politics of Subversion. A Manifesto for the Twenty - First Century*. Polity Press, Oxford.
- Negro Pavón, Dalmacio (1999): *Metafísica del centro*. Veintiuno. Revista de pensamiento y cultura, n. 43, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 109.
- Nora, Pierre, ed. (1992): *Les lieux de la mémoire. III. Les France. I Conflits et partages*. Gallimard, Paris.
- Rorty, Richard (1998): *Achieving our Country. Leftist Thought in Twentieth - Century America*. Harvard University Press, Cambridge-Massachusetts.
- Santoro, Carlo María (2001-2002): *La tragedia de la Moder - nidad*. Veintiuno. Revista de pensamiento y cultura, n. 52, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 41-59.
- Sotelo, Ignacio (1991): *La izquierda tras la caída. Las consecuencias del derrumbamiento del modelo comunista*.

HÉCTOR CHIRETTI

Claves de Razón Práctica, noviembre, n. 17, 18-27.